

Notas y Documentos

Clase Inaugural del Dr. Edgardo Enríquez Frodden, leída el 15 de junio de 1944 a sus alumnos de Anatomía y Fisiología Humanas del Segundo Año de Farmacia de la Universidad de Concepción:

Señor Decano, señores profesores, colegas, estimados alumnos, cuando hace 14 años, al ingresar a Primer Año de Medicina, tuve la cuán feliz oportunidad de escuchar las sabias lecciones, siempre sazonadas de oportunas ocurrencias del Profesor Alcibíades Santa Cruz, no imaginé nunca que me iba a corresponder el altísimo honor de sucederle en sus clases de Farmacia.

Nunca creí que en mi vida iba a afrontar una responsabilidad tal, ni que me correspondiera continuar la obra realizada por él durante un cuarto de siglo. De haberlo sospechado, seguramente, habría procurado trabajar en mi vida en tal forma que al presentarme ante vosotros hubiera podido ofrecer un cúmulo tal de méritos y trabajos que hicieran posible que os hablara hoy día sin el temor y el sonrojo con que lo hago.

Me alienta, sin embargo, el hecho de que, a mi parecer, no hay hoy día en Chile quien pueda suceder dignamente al distinguido maestro que fuera don Alcibíades Santa Cruz.

Fué esa, precisamente, una de las razones que me di antes de presentarme al concurso a que llamara la Honorable Facultad de Farmacia.

Pero, muy especialmente recordé la sencillez sin igual de toda su vida, la cariñosa comprensión que siempre tuvo para sus alumnos, y la benevolencia con que siempre me distinguiera.

Creía, por otra parte, cumplir con un deber, ya que no presentándose el Director del Instituto de Anatomía y por ser yo el segundo del Instituto desde hace más de cinco años, tenía la obligación de hacerme presente en un concurso para profesor de ese ramo.

Ha querido mi suerte y la benevolencia de esta Honorable Facultad y autoridades Universitarias que mi nombre fuera el escogido y que sobre mí recayera tan enorme y honrosa responsabilidad.

La he aceptado consciente de su magnitud, y decidido a cumplir lo mejor que pueda tan honroso mandato. Estoy seguro; me ayudarán en ello el ejemplo permanente de cada uno de los Profesores de esta Escuela, entre los que tengo la rara fortuna de encontrar algunos de los que fueran mis maestros.

Y, por sobre todo, me servirá de estímulo el ejemplo de la vida toda del Dr. Alcibíades Santa Cruz; vida de esfuerzo, vida de trabajo, vida de estudio, vida de sacrificios. No podré olvidar que, retirado ya del Ejército donde sirviera varios lustros en la forma brillante como sólo él sabía hacerlo, no busca el merecido descanso a que sus años y trabajos le daban derecho, sino que inicia la más noble y esforzada de las actividades, la de enseñar a la juventud. Y continúa esta labor hasta el día mismo de su muerte. Porque, y quiero que lo recordéis jóvenes alumnos, el Dr. Santa Cruz os dió sus últimas energías, y con su muerte, ocurrida el mismo día en que, anciano y enfermo, acudió a daros sus enseñanzas, os señaló toda una norma de vida: trabajar duro, siempre con igual entusiasmo y siempre dispuesto a cualquier sacrificio, que, como dijera Hipócrates, «la vida es corta y el arte infinito»

Y el recuerdo de este luchador que no descansó ni en el día de su muerte, nos trae a la memoria la lucha más grande, la más dramática, la más ardua de todos los tiempos: la del Hombre contra la Enfermedad.

Empezó en las cavernas, y continúa hoy día, tan intensa y tan dramática en los laboratorios y hospitales modelos, como junto a la cama más humilde del más pobre de los enfermos.

Vosotros os habéis alistado en sus ejércitos al entrar a esta Universidad, y estáis participando activamente en esta lucha que está muy lejos de ser ganada, pero que, indudablemente, tiene al enemigo en retirada.

Hagamos uso de esa facultad que, al decir de Huxley, distingue al hombre entre todos los animales, y veamos, por medio de la tradición, cómo aprovechar la experiencia útil de los tiempos pasados.

Imaginemos al hombre primitivo desnudo e inerme en una naturaleza hostil en que le acechan fieras, pantanos, cataclismos, incendios, y los mismos hombres y las enfermedades. Calculemos, cuántos han debido morir antes de que aprendiera que tal o cual planta era venenosa, que tal o cual fiera lo atacaba, que en tales o cuales lugares se moría de causas desconocidas. Imaginémosnos su terror ante el fuego de rayos y volcanes, su horror ante esas causas desconocidas de muertes que atribuyó a enemigos ocultos e invisibles, su importancia para defenderse, protegerse y proteger a los suyos, y comprenderemos cómo nació la idea de los buenos y malos espíritus, cómo en su mente primitiva surgió la idea de rechazarlos mediante sortilegios o tenerlos gratos mediante sacrificios, a veces hasta de sus propios hijos.

Y así pasó la enfermedad a ser una divinidad terrible, imposible de evitar por la sola voluntad del hombre. Nacieron Sitala la diosa de la viruela de algunas tribus indias, Set, del Alto Egipto, y miles de otras en miles de otras tribus y pueblos.

Pero, invencible, en su afán de luchar, en su decisión de vivir, crea él mismo el encargado de combatir a estos malos espíritus. Y nace el hechicero, primer médico y primer farmacéutico del hombre. Y el hechicero lucha con lo que sabe, con todo su entusiasmo, a sabiendas de que muchas veces está en peligro

de indisponerse con esas crueles divinidades. Sus éxitos son pocos y grandes sus fracasos, por lo que muchos mueren a manos de sus propios compañeros desengañados de su influencia y capacidad. Pero, para cada uno que muere, hay siempre un sucesor ansioso de ocupar su puesto y de luchar beneficiando a sus impacientes compañeros.

Y la lucha seguía. Poco a poco fué aprendiendo que morían muchos de los que tocaban o se acercaban a los cadáveres de los poseídos de esos malos espíritus. Evita entonces su contacto y se aleja de ellos. No sabía, el pobre, que con ello, perdía una de las oportunidades de aprender y, quien sabe, de llegar a dominar a muchos de esos espíritus que tanto daño les causaban; pero, nació también, aunque sin la correcta explicación, la primera medida de higiene.

Y esta lucha desigual en que el hombre sólo sabe danzar, usar máscaras tales o cuales, rendir tales o cuales tributos o sacrificios, ingerir los más inmundos brebajes para hacer que el espíritu huyera de repulsión, continúa, pero siempre con desventaja para él. Sin embargo, han nacido con ello, la psicoterapia (curación por la mente), y la terapéutica, (curación por las drogas que no hacen otra cosa que crear al invasor, llámesele mal espíritu o microbio, un ambiente desfavorable dentro del cuerpo del enfermo).

Las bases estaban echadas. El hombre iba en camino, bueno o malo, pero siempre andando y en busca de algo mejor.

Y llegan los egipcios con Imhotep, y los griegos con Esculapio e Hipócrates. Con este último nace en el siglo V antes de Cristo, una nueva forma de librar la batalla, vale decir, una nueva estrategia. Se dejó de creer en la causa sobrenatural de la enfermedad y se fué a buscarla, como dice Haggard, «en la naturaleza, en el mecanismo del cuerpo humano, en el mundo material que rodea al hombre». Las enfermedades dejan de ser causadas por dioses, y pasan a ser la resultante de una desproporción en los cuatro humores. Los enfermos dejan de ser poseídos

del demonio y pasan; por consiguiente, a ser examinados para ver cuál humor está en exceso o defecto. Y es este uno de los adelantos más grandes de la medicina hipócrita: el examen de los enfermos. Aunque no se sabía que había varias enfermedades, se escriben historias clínicas y se saca de ellas conclusiones. Habían nacido las bases de la medicina moderna: el examen y la estadística con sus conclusiones.

Cae Atenas, surge Macedonia con Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles y se crea en pocos años el Imperio más grande de esa época. Se fundan ciudades a las que se llevan las ideas de Hipócrates y filósofos griegos. En una de ellas, en Alejandría, había de nacer en los Siglos III y II A. C. la primera universidad en que se estudia la anatomía humana a base de la disección de cadáveres. Hipócrates, Aristóteles y los otros jamás habían disecado un cuerpo humano. Sus conocimientos anatómicos derivaban de la estructura de los animales domésticos. Desgraciadamente no se sigue después esta práctica de Alejandría y el progreso en medicina se detiene por varios siglos.

Surge Roma y el arte de curar era relegado, en general, a los esclavos y a algunos libertos. La política, la guerra, el derecho eran las profesiones de las gentes de fortuna.

Sin embargo, a Roma debemos adelantos tales, como el agua corriente, las cloacas y, muy especialmente, la fundación del primer hospital. Nace éste en la Isla del Tiber frente a Roma el año 293 A. C., isla donde se abandonaba a los esclavos enfermos para que murieran.

Roma produce también a Galeno, médico que vivió en el siglo II D. C. quién, basándose en los estudios griegos y propios, modifica y crea muchos nuevos conceptos en medicina. Hace, el primero, algunos experimentos en animales, como su famosa sección de la médula espinal, disecciona en monos y publica sus estudios anatómicos, pero comete errores tales, como el de afirmar que el pus es necesario para que cicatricen las heridas.

Sin duda ha habido gente que ha dicho más cosas erradas, pero pocas lo han hecho con tanta suficiencia como Galeno. «Nunca hasta el presente, dice, he cometido error alguno ya sea en el tratamiento o en el pronóstico, como lo ha sucedido a muchos otros médicos de gran reputación. Si alguien hay que desea alcanzar renombre, lo único que necesita para ello es aceptar lo que yo he sido capaz de demostrar».